

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

*Historia de las
ideas contemporáneas*

SEKOTIA

© Marcos López Herrador, 2021
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2021

Primera edición: junio de 2021

WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD · ENSAYO

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Lince Artes Gráficas
ISBN: 978-84-18414-24-4
Depósito legal: CO-1171-2020

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

<i>Introducción</i>	11
1. Un asunto no menor	15
2. El progreso en la Historia	23
3. El progreso hoy.....	40
4. Revolución.....	46
5. Tras la Segunda Guerra Mundial.....	53
6. El triunfo del neoliberalismo.....	66
7. La caída del Muro de Berlín.....	78
8. La globalización.....	89
9. La era poscomunista	100
10. La destrucción de Occidente	108
11. La revolución posmoderna.....	120
12. Teoría y práctica para una cultura del odio	127
La clave en nuestras manos.....	185
<i>Bibliografía</i>	201

Introducción

Nada en lo que se ha dado en llamar «progre» tiene envergadura. Su visión carece de profundidad, valor o criterio, pues no pasa de ser el resultado de asumir consignas o mantras impuestos por el pensamiento hegemónico de lo políticamente correcto. Su valor moral es inexistente, pues se limita a hacer meras referencias sobre grandes intenciones que en la práctica cursan como excusas para montar momios económicos y fuentes de corrupción para los fieles. Su valor social queda en mera propaganda. Aquellos que se califican como progres proclaman que están en la lucha contra las fuerzas sociales del mal que nos oprimen y, llenos de legitimidad, crean una imagen mental sobre sí mismos de carácter épico que en realidad se reduce a colaborar con alguna O.N.G. u otros chiringuitos gubernamentales de los que obtienen no escasos recursos, limitándose en ocasiones a asistir a manifestaciones en las que son cuidados por la policía, y en las que el mayor riesgo que corren es el de coger frío.

Lo que resulta asombroso es cómo este grupo, más o menos pintoresco, despreciado incluso por los verdaderos líderes del pensamiento hegemónico, ha llegado a constituir la argamasa, los cimientos sobre los que se apoya el mayor ataque, y el más destructivo, que Occidente ha conocido, considerando además que viene de una parte de los propios integrantes de quienes

forman parte de la comunidad occidental. Si los progres fuesen material de construcción no serían considerados más que como cascotes, pero ¡joj! Los cascotes tradicionalmente han sido utilizados para los cimientos sobre los que construir el resto.

Occidente está viendo socavados todos los principios sobre los que sustenta su existencia. Precisamente aquellos que han procurado a la humanidad los mayores logros, los mayores avances y el mayor bienestar que esta ha conocido.

Merece la pena profundizar, por tanto, en el análisis de cómo hemos podido llegar a esta situación.

Si la denominación progre viene de progresista, y progresista viene de progreso, creo que merece la pena conocer cómo se ha formado la idea de progreso en los últimos dos mil quinientos años porque esto nos dice mucho sobre lo que significa Occidente y, también, de cuál ha sido su proceso de construcción. Ello nos dará, además, una idea de qué es lo que se pretende destruir.

Ocurre lo mismo con el concepto de progresista, término que encuentra sus orígenes en la Ilustración y que toma cuerpo durante la Revolución francesa.

Y, por último, encuentro que no está de más conocer los antecedentes inmediatos, que se han producido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Es entonces cuando pienso que procede analizar el fenómeno en la actualidad porque, desaparecido el bloque comunista, solo quedan algunos países testimoniales con ese régimen político. Podría decirse que en China sigue en pie, pero este país ha optado por desarrollar una economía capitalista basada en el neoliberalismo y se ha convertido en el principal actor del globalismo mundial. Ya no tiene interés en la revolución y mucho menos en exportarla. El comunismo se mantiene solo como una forma de dictadura que garantiza el

orden en el actual régimen, del que dependen mil doscientos millones de personas.

Entiendo que merece mucho la pena detenerse a analizar las consecuencias de la desaparición del comunismo en los países que formaban el bloque del Pacto de Varsovia. Porque, a partir de entonces, el capitalismo, en lugar de mostrar la bondad de su sistema de producción como instrumento para dotar a la humanidad de cuantos bienes, productos y servicios pudiese demandar para satisfacer sus necesidades y hacer buena la idea de que la libertad económica da lugar a la libertad política y a la implantación generalizada de la democracia, en lugar de eso, repito, mostró su rostro más siniestro, desatando una voracidad insaciable para hacerse con toda la riqueza disponible del planeta, condenando a la desigualdad y la miseria a amplias masas de la población, prefiriendo enriquecer a la única potencia comunista que quedaba en pie, antes de contener su inclinación a depredarlo todo.

Digo que merece la pena detenerse a analizarlo porque la desigualdad y la injusticia generadas con ese proceso son la causa inmediata de los actuales populismos de extrema izquierda que tan lesivos están resultando para Occidente.

Porque, aunque el comunismo haya desaparecido, la fuerza destructiva del mismo se ha conservado por las élites globalistas para utilizarla como un instrumento más en sus manos para alcanzar sus fines. Hoy, derecha o izquierda no son más que términos convencionales aplicados a la política para designar a fuerzas que se han convertido en instrumentos de la élite dominante para obtener el poder y, desde el mismo, destruir lo que conocemos e imponer un nuevo régimen que responda a sus intereses globalistas.

Si ponemos atención en lo que ocurre en nuestro país, podrá observarse con facilidad que no es descabellada la anterior afirmación. Cualquiera que lo medite podrá caer en la cuenta

de cómo derecha e izquierda se comportan como pies de un mismo cuerpo. Cuando la izquierda da un paso imponiendo leyes ideológicas, la derecha ni las toca cuando gobierna y, del mismo modo, cuando gobierna la derecha imponiendo reformas sociales, laborales y económicas que deterioran el estado del bienestar, resulta que si la izquierda llega al gobierno, ahí se quedan. Ambos responden a los mismos intereses de la élite mundial globalista y neoliberal. Todos siguen estrictamente las directrices de lo políticamente correcto, y los bobos de la derecha se matan por demostrar que se puede ser más progre, todavía, sin ser de izquierdas.

La izquierda posmoderna ya nada tiene que ver con el pensamiento de Marx, entre otras cosas porque intelectualmente no dan la talla. La actual izquierda no es una izquierda roja, es una izquierda progre. Es la izquierda de la corrección política que, más que estar cercana al marxismo cultural, se ha convertido en un instrumento de legitimación indirecta del globalismo y el neoliberalismo.

La derecha, ya de por sí defensora de un neoliberalismo a ultranza, está asumiendo cada vez más el discurso de lo políticamente correcto, y pierde los papeles por ser homologada entre lo progre.

A la narración de este planteamiento responde la estructura de la exposición de este libro que el lector tiene en sus manos.

1.

Un asunto no menor

Debo admitir que resulta muy fácil, al acercarse al estudio de la cuestión tratada en este libro, caer en la trampa de considerarlo como un tema menor. No son pocas las aproximaciones a su análisis que lo plantean desde un punto de vista un tanto jocoso, con un tono casi divertido, como si se tratase de una frivolidad.

Una vez más, nos encontramos ante el poder que el lenguaje tiene cuando es diestramente utilizado para ponerlo al servicio de la ideología militante.

Progre es una forma coloquial de referirse a un progresista que, según la R.A.E., es una persona de ideas avanzadas. Cáigase en la cuenta de que no damos el primer paso y ya nos encontramos con el poder ideológico del lenguaje, asumido sin pudor por la propia Real Academia de la Lengua, ya que definir progresista como «persona de ideas avanzadas» genera inmediatamente la imagen mental de que hay personas de «ideas atrasadas», o sea, aquellos que no son progresistas. Y para cerrar el círculo vemos que si nos preguntamos qué es una persona de ideas avanzadas, inmediatamente se nos responderá que un progresista. Perfecto.

Desde un punto de vista estricto, un progresista debería ser considerado como aquel que es partidario y defiende la idea de

progreso, por lo que resulta fundamental conocer en qué consiste esta idea, su evolución histórica y su concepción actual.

Nótese que todas las palabras utilizadas en relación con el concepto de progresista tienen un contenido positivo, sin discusión. En este caso, y no contentos con ello, además, para referirse a esas «personas de ideas avanzadas» se ha generalizado el uso del término *progre*. Esta palabra, que no es sino una abreviación, un apócope, de la que procede, produce el efecto de convertir el término en un concepto verdaderamente simpático, ligero y casi frívolo.

A lo largo de esta obra podremos comprobar que un progresista no es precisamente un defensor de la idea de progreso, tal y como se ha entendido a lo largo de la historia. El uso ideológico del lenguaje lo pervierte, y este es uno de los ejemplos en el que tal perversión se hace evidente, pues, si algo representa hoy un progresista es al pensamiento posmoderno, que es lo contrario justamente al progreso. Veremos también que el término *progre* no tiene nada de simpático o frívolo, y que se ha convertido en uno de los mayores peligros para la supervivencia de la cultura occidental europea.

Las más remotas producciones literarias de los pueblos indoeuropeos, primeras manifestaciones de nuestra cultura occidental, aparecen en la India, en sánscrito, allá por el año 2.500 a. C. Resulta evidente, para quien quiera verlo, que la cultura occidental, desarrollada en Europa en los últimos dos mil quinientos años, desde el siglo V a. C. hasta nuestros días, difundida a lo ancho del mundo en los últimos quinientos, está sufriendo el ataque más letal que ha conocido a lo largo de su historia. Si bien este ataque ha alcanzado su forma más virulenta a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, forma parte de un plan que tiene su origen en el siglo XVIII, conocido como el Siglo de las Luces, que desató la era de los procesos revolucionarios cuya etapa está por concluir.

En mi libro titulado *La Rebelión de los Amos* tuve ocasión de exponer una visión de qué es la cultura occidental. Entre otras cuestiones, exponía:

La cultura occidental encuentra su fundamento en las aportaciones realizadas por Grecia, Roma, el cristianismo y la cultura germánica. Pero el Occidente que conocemos hoy es el resultado de las transformaciones y revoluciones que, desde las Cruzadas, cambian Europa. Entre 1095 y 1291, lideradas por Francia, el Sacro Imperio Romano Germánico y el papado, tienen lugar una serie de largas campañas militares para conquistar Tierra Santa. Una de las consecuencias de estas feroces guerras fue el aumento de los intercambios comerciales entre los cristianos y el islam. A pesar de la prohibición expresa del Papa, que pronto se vio atemperada mediante la venta de las correspondientes bulas, los burgueses de las ciudades-estado italianas como Venecia, Génova, Pisa, o la francesa Marsella, vieron aumentar considerablemente su tráfico mercantil con Oriente. En concreto, Génova se enriqueció vendiendo a los musulmanes las armas, materiales de construcción naval y otras mercancías relacionadas con la guerra, como los esclavos reclutados en el Mar Negro para las tropas de élite musulmanas (mamelucos), con las que las dinastías musulmanas de Egipto lograron finalmente expulsar a los cruzados cristianos de las costas de Siria y Palestina.

Durante las Cruzadas, no solo hubo intercambios comerciales, sino culturales. La transmisión de ideas y tecnologías fue más provechosa para la Europa occidental, que importó notables avances intelectuales como:

- La numeración arábiga.
- El conocimiento de los textos de los autores clásicos griegos.
- Innovaciones económicas y contables.
- Las letras de cambio, que venían siendo utilizadas en el mundo islámico desde el siglo VIII.

- Las matemáticas y el cálculo mercantil.
- Las técnicas financieras.
- Se produjo además el hecho de que las relaciones de los reinos cristianos de Occidente mejorasen por la unión que resultó necesaria para combatir a los infieles.
- La autoridad de los monarcas quedó fortalecida al no tener que luchar contra los grandes señores feudales en sus reinos.
- El sacrificio y la lucha por un ideal de orden superior al material elevó el nivel moral de los reinos cristianos.
- Las Cruzadas impidieron que árabes y turcos se apoderaran de Europa, retrasando la conquista de Constantinopla en cuatro siglos.
- Los señores feudales, al ausentarse de sus dominios y someterse a normas para la consecución de un fin, se acostumbraron a obedecer.
- Las Cruzadas perfeccionaron las técnicas de la guerra.
- En el siglo XII, se tradujo a Aristóteles del árabe al latín.
- Los fieros y brutales señores feudales se convirtieron en caballeros y surgió el espíritu caballeresco, inspirado en sus enemigos musulmanes y cuyo modelo, paradójicamente, no era otro que el gran Saladino.
- Trajeron nuevos sabores y especias como la pimienta, tan decisivas más tarde para impulsar la era de los descubrimientos tras la caída de Constantinopla en 1453.
- La arquitectura encontró un nuevo impulso y nuevos modelos.
- Se fomentó el estudio de la geografía.
- Se fomentó el arte de navegar.
- Se dio un paso enorme en el conocimiento de la medicina.
- Se desarrolló la literatura con el relato de proezas heroicas y aventuras de los cruzados.

No es fácil determinar qué otras influencias nos llegaron a través de poderosos focos como Palermo, Córdoba y Toledo,

pero de lo que no cabe la menor duda es que las Cruzadas están en la base del espíritu imperialista europeo.

Todos los procesos revolucionarios que se desarrollan a partir de las Cruzadas llevan en sí, de forma implícita o explícita, una idea que resulta común y que no es otra que la idea de progreso. El hombre puede avanzar y mejorar sus condiciones de vida materiales mediante el desarrollo del conocimiento del mundo y de la naturaleza, así como mediante su esfuerzo y pericia. Se establece una especie de línea del tiempo, con un origen y un fin, en la que el hombre es capaz de progresar, mejorando de forma continuada su condición en la tierra. Este planteamiento es diametralmente opuesto a la concepción oriental, que tiene del tiempo una visión circular cuyo paso no lleva hacia ningún objetivo en concreto, ya que la vida es un eterno retorno, un devenir que puede interpretarse en función de la voluntad divina, dentro de sociedades estamentales y muy jerarquizadas, con unas élites que se perpetúan por derecho divino en el poder. Para esta forma de ver las cosas, la sociedad y el mundo son así porque Dios lo quiere.

Las Cruzadas pusieron las bases para la gran revolución cultural que fue el Renacimiento, que se desarrolla entre los siglos XV y XVI con la recuperación de la cultura grecolatina, dando lugar a un espectacular avance y desarrollo de todas las artes, así como de las ciencias en general y humanas en particular, pues produjo la superación de la concepción teocéntrica de la Edad Media para dar lugar al nacimiento del humanismo, en el que el hombre se constituye en centro y medida de todas las cosas.

El Renacimiento se desarrolla casi a la par que la gran revolución comercial que supone abrir rutas hacia el Extremo Oriente y el descubrimiento de América, que sentarán las bases de una nueva cosmovisión del mundo y del papel de liderazgo mundial que desde entonces Occidente se atribuye. La acumulación de capitales que esta dinámica económica

trajo consigo, sentó a su vez las bases del nacimiento del capitalismo y con él, el de la burguesía.

No menor importancia tuvo la revolución religiosa del siglo XVI, con la aparición del protestantismo, que encontró el instrumento perfecto para la difusión de sus ideas en la imprenta, que ya se había introducido entre 1460 y 1480. La Reforma Protestante aportó la ética que forjó el espíritu del primer capitalismo.

Todo este proceso desembocó en lo que conocemos como la Ilustración del siglo XVIII, que fue un poderoso movimiento intelectual y cultural que se produjo principalmente en Francia e Inglaterra desde finales del siglo XVII hasta la Revolución francesa. La Ilustración es así llamada por su manifiesta intención de disipar las tinieblas de la mente humana mediante las luces de la razón. Es por esto por lo que el siglo XVIII fue llamado el Siglo de las Luces, en el que todo se discutió, analizó y agitó, desde las ciencias profanas a los fundamentos de la revelación, desde la metafísica a las materias del gusto, desde la música hasta la moral, desde las disputas escolásticas de los teólogos hasta los objetos del comercio, desde los derechos de los príncipes a los de los pueblos, desde la ley natural hasta las leyes arbitrarias de las naciones.

La Ilustración culmina con la Revolución americana de 1776 y la Revolución francesa de 1789, que acaba violentamente con la monarquía absoluta y el Antiguo Régimen, dando paso en lo económico al liberalismo, y dejando atrás el mercantilismo que caracterizó a los siglos anteriores.

Pocas veces un movimiento intelectual ha reunido a pensadores de la talla de Montesquieu, Voltaire, Benjamin Franklin, Juan Jacobo Rousseau, Diderot, D'Alembert, Adam Smith, Emmanuel Kant y Thomas Jefferson, por mencionar a algunos de los más relevantes.

Con la Revolución francesa comienza el periodo histórico en el que hemos vivido y que se ha dado en llamar Edad Contemporánea, en la que hemos visto cómo el Imperio Napo-

leónico extendía irreversiblemente por toda Europa las ideas de la revolución; cómo el liderazgo europeo se extendía al mundo a través de sus imperios coloniales, dos revoluciones industriales, el desarrollo de sistemas democráticos y de libertades individuales, la Primera Guerra Mundial, la revolución comunista, la ascensión y desaparición de los fascismos y el nacionalsocialismo, la Segunda Guerra Mundial, la posguerra con el periodo de mayor desarrollo humano, el fin de los imperios coloniales, la Guerra Fría, la revolución tecnológica, el nacimiento del teléfono, cine, radio, televisión, el automóvil, los electrodomésticos, la revolución nuclear, la revolución genética, la revolución espacial, la revolución informática, internet y las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, la caída del comunismo y el despertar del gigante chino.

Todo esto lo percibimos como un proceso continuo, como ese proceso lineal, antes mencionado, en que parece a todas luces evidente que la humanidad sigue un camino de desarrollo y progreso constante e ilimitado.

Resulta evidente que el largo proceso histórico que forja lo que conocemos como cultura occidental no solo es extenso en el tiempo, sino extraordinariamente complejo, profundo, original, irrepetible y singular. Es el resultado de veinticinco siglos en los que el grupo humano que los ha protagonizado ha volcado, a través de incontables generaciones, lo mejor de sus mejores hombres, sus esfuerzos, sus vivencias, sus sufrimientos y sacrificios, para ir mejorando paulatina, pero sistemáticamente, el nivel de su cultura, su civilización y la concepción ética y moral de la percepción del mundo y de sí mismo, obteniendo con ello las mayores cuotas de prosperidad, bienestar y seguridad que jamás se han conocido en la historia de la humanidad. Este es un patrimonio valiosísimo que no solo nos hace ser lo que somos, sino que nos hace fuertes porque nos

proporciona los recursos intelectuales necesarios para superar cualquier adversidad, tanto material como humana.

Pues bien, por razones que a lo largo de las siguientes páginas trataremos de entender y analizar, los progres pretendidos destruyen todo ese patrimonio al entender que, lejos de apoyarse en ese caudal infinito de conocimientos y experiencias acumulados, es mucho mejor construir un mundo nuevo partiendo de cero, pretendiendo con ello superar lo que ya conocemos. De no estar viviendo en el mundo actual, y de no tener la experiencia que tenemos de la fortaleza de este planteamiento y de cómo ha llegado a convertirse en el pensamiento hegemónico en nuestra sociedad, resultaría imposible de creer.

2. El progreso en la Historia

Parece lógico que, si este libro trata sobre los progres, y la palabra progre no deja de ser un apócope de progresista, nos preguntemos en primer lugar qué es un progresista. No parece que resulte complicado definir, a quien así se manifiesta, como un defensor, un partidario o un amante del progreso.

Entonces, por seguir un método mínimamente ordenado en la exposición que se quiere realizar, conviene que comencemos por preguntarnos qué es el progreso.

En principio, parece que todo el mundo tiene una idea clara de lo que es y a qué nos estamos refiriendo. Pero a quien así piensa le resultará sorprendente saber que se trata de una idea de la que no se ha tenido una noción clara hasta hace relativamente poco. Podríamos pensar que el progreso ha existido siempre en la especie humana, desde el comienzo de los tiempos, pero si así pensamos, quizá lo que hacemos es confundir la idea de progreso con el concepto de evolución.

Por otra parte, no en todas las épocas se ha tenido noción siquiera de que tal idea pudiera existir en la acepción que actualmente le damos al término, entre otras cosas porque se necesita, como requisito previo, concebir una idea del tiempo similar al menos a la que en la actualidad tenemos, como un

desarrollo lineal y continuado de los acontecimientos en su devenir entre pasado, presente y futuro.

Resulta imprescindible, como condición, poder concebir el tiempo como una especie de línea con un origen y un fin. Es en esa continuidad en la que el hombre es capaz de progresar, mejorando de forma continuada su condición en la tierra.

Este planteamiento es diametralmente opuesto a la concepción oriental, que tiene del tiempo una visión cíclica, cuando no circular, cuyo paso no lleva hacia ningún objetivo en concreto, ya que la vida es un eterno retorno, un devenir que puede interpretarse en función de la voluntad divina, dentro de sociedades estamentales y muy jerarquizadas, con unas élites que se perpetúan por derecho divino en el poder. Para esta forma de ver las cosas, la sociedad y el mundo son así porque Dios lo quiere. En esta forma de concebir el mundo se puede llegar a forjar una idea sobre la providencia divina, pero nunca una sobre el progreso humano.

Durante los últimos dos mil quinientos años Occidente ha generado ideas tan fundamentales como las de libertad, justicia, igualdad, comunidad o la de solidaridad, pero ninguna ha tenido la importancia que tiene la idea de progreso.

Sin embargo, cabe preguntarse si esta idea ha existido siempre, porque, cuando se estudia desde una perspectiva histórica, no tardamos en darnos cuenta de que, en la antigüedad, en la Grecia o en la Roma clásica, no es que la rechazaran, sino que ni siquiera fueron capaces de concebirla porque tampoco tenían una idea clara sobre el tiempo o la historia. Ni griegos ni romanos tenían conciencia de un largo pasado en el que pudieran discernir un progreso relevante. En el caso griego resultaba más difícil aún, pues tenían la convicción de que el ser humano había sufrido un proceso de degradación histórica desde una remota edad dorada que quedaba en la noche de los tiempos y tras la cual solo hubo pobreza y decadencia. Por

otro lado, tanto los filósofos griegos como los romanos mantenían la convicción de que la historia pasa por ciclos repetitivos. Todo ello creaba un marco mental en el que resultaba imposible concebir un avance lineal, a través de las eras. A lo más que llegaron fue a introducir la idea de crecimiento natural de los conocimientos en el curso del tiempo, que tiene como consecuencia el desarrollo gradual de la humanidad.

Los primeros cristianos hicieron suya esta idea del papel fundamental de los conocimientos, de las artes y las ciencias, que pasó a formar parte de la filosofía cristiana de la historia. El cristianismo aportó también una visión de la humanidad como un todo, además de la idea de la existencia de un plan divino presente desde el principio en la historia del hombre, que lo conduce a un lento, gradual y acumulativo perfeccionamiento espiritual que debe culminar en una edad de oro feliz en la tierra; un milenio en el que Cristo, en su nueva venida a la tierra, gobernaría el mundo.

San Agustín aporta una concepción del tiempo, entendido como un fluir único y lineal, que abarca todo lo ocurrido a la humanidad en el pasado y todo lo que le ocurrirá en el futuro. Aporta también la idea de conflicto como mecanismo que es causa de cambios y avances, basado en su doctrina de las «dos ciudades», la ciudad de Dios y la ciudad del Hombre, que andando el tiempo tanto influyó en Hegel y Marx en su concepción de la dialéctica, que considera el conflicto y el enfrentamiento como elementos imprescindibles para que se produzca el cambio.

Es cierto que, con algunas interrupciones, el mundo occidental, a partir de San Agustín, ha mantenido un claro interés por la posibilidad de llegar algún día a construir una sociedad perfecta, ya sea en este mundo o en otro. Eso sí, no sin antes pasar por un periodo de sufrimientos, tormentos, fuego y destrucción. Esta corriente de pensamiento, que se ha mantenido

a lo largo de la Edad Media y de la Reforma, que hunde sus raíces en *La ciudad de Dios* de San Agustín y en el propio libro del Apocalipsis, es la que inspira en nuestros días la idea de revolución coercitiva y terrorista, con la promesa de alcanzar la utopía propuesta como meta, eso sí, basándose ahora en un pensamiento debidamente secularizado.

Durante la Edad Media se siguen las ideas de San Agustín y se desarrolla un interés muy especial por la historiografía, que abarca en las obras de los diversos autores todos los campos de la actividad humana, desde la política, la economía, la geografía, la literatura o la arquitectura como manifestaciones de la lenta acumulación de conocimientos a lo largo del tiempo. Se atribuye a Bernard de Chartres la metáfora que dice: «Somos enanos que apoyamos nuestros pies en los hombros de gigantes». Es una frase que hizo fortuna por su fuerza para expresar sucintamente el carácter lento, acumulativo y medido del progreso de los conocimientos de la humanidad, de cuánto debemos a los logros de quienes en el pasado nos han precedido, y de cómo todo ello nos proyecta hacia el futuro.

Un factor que conviene tener en cuenta, dentro del ámbito del avance de las ideas sobre el progreso, es el cambio que de la percepción del tiempo se produce a partir del siglo XIII. Hasta ese momento, aunque se había logrado concebir, tal y como hoy lo entendemos, como un fluir unilineal, acumulativo y de carácter progresivo, el tiempo se concebía como algo inseparable de Dios al estar por él creado.

Es a partir del siglo XIII cuando se cambia el concepto de su medida, de su posición en la vida del hombre y de la percepción de la naturaleza del tiempo mismo y su función. Fue de alguna manera necesario secularizarlo, fundiéndolo con las múltiples actividades económicas, sociales y culturales de la época. Sin una concepción laica y precisa del tiempo, habría sido imposible la aparición de prácticas tan esenciales para la economía

como las del interés, los préstamos, las letras de cambio, los contratos comerciales o las inversiones, que obligan a racionalizar el tiempo y a medirlo de forma precisa.

Una gran idea aportada, además, durante la época medieval, es que en el mundo existe, no solo cuanto se manifiesta como plenamente realizado, sino que en potencia existe también todo lo necesario para el perfeccionamiento de la humanidad.

Otra de las grandes ideas fue la de continuidad, según la cual, cualquier etapa o periodo de la historia contiene las semillas del siguiente periodo, que será superior al precedente.

Para terminar, merece la pena destacar la curiosa avidez que los hombres medievales tenían por los paraísos terrenales, ya creyeran que se encontraban en puntos remotos de la tierra, o pensaran que toda la humanidad gozaría de un paraíso en la tierra en el futuro.

Durante el Renacimiento no hubo ninguna aportación relevante a la idea de progreso, pues los humanistas no lo aceptaban como un proceso gradual, acumulativo y continuado. Tampoco aceptaban el pasado sin más porque, si bien es cierto que adoraban el pasado antiguo de Grecia y Roma, rechazaban, sin embargo, todo lo medieval. Sin aceptar la idea de continuidad histórica es imposible concebir unas fases de desarrollo que se sucedan unas a otras, en una proyección lineal del tiempo hacia el futuro. Los renacentistas percibían la historia como un conjunto de altibajos cíclicos que se producían como consecuencia de estar presentes, en el ser humano, tanto el bien como el mal. Como consecuencia de estos enfoques, lo que sí apareció fue una corriente intelectual, que ha llegado hasta nuestros días, que se caracteriza por su inclinación a burlarse de la tradición, por su exaltación de lo marginal y los disidentes, y por su espíritu contracultural.

Con la aparición del protestantismo se produce una revitalización del pensamiento cristiano, también en el ámbito cató-

lico, y se recobra la fe en el progreso lineal de la humanidad. Entre 1560 y 1740 se produce la rebelión puritana; un notable florecimiento de las artes y las ciencias, especialmente en Inglaterra; la polémica de los Antiguos contra los Modernos; una abundante literatura de viajes y descubrimientos; y la aparición de los escritos de Leibniz, que devolvió al pensamiento europeo los conceptos de plenitud y continuidad.

Leibniz es una de las mentes que mayor influjo ha tenido en la construcción del pensamiento humano de todos los tiempos, hasta el punto de ser uno de los grandes renovadores del pensamiento europeo. Estuvo muy influido por Spinoza, que creía firmemente en el gran designio de la naturaleza, que era una de las principales concepciones del siglo XVIII, que entendía que la naturaleza respondía a un programa que se va poniendo en práctica de forma gradual y lentísimamente a lo largo de la historia cósmica. Todo lo que puede ocurrir en el futuro, ya está en el presente. Es lo que se conoce como noción de plenitud. Por otra parte, al hecho de que la naturaleza nunca dé saltos es lo que Leibniz definió como la Ley de la Continuidad.

Teniendo como base todo este acervo filosófico, la idea de progreso alcanzó su cénit en el periodo comprendido entre 1750 y 1900. En esta etapa pasó de ser una idea importante del pensamiento occidental, a convertirse en la idea dominante, incluso frente a la creciente importancia de otras ideas que se abrían paso con fuerza como la de libertad, igualdad, justicia social o soberanía popular, que fueron las directrices durante este periodo. Gracias a la concepción del progreso, las otras ideas mencionadas dejaron de ser un anhelo para convertirse en objetivos reales a alcanzar en la tierra. Más aún, estos objetivos pasaron a convertirse en necesarios e históricamente inevitables.

Los grandes pensadores de la época entendieron que la historia no era sino un lento y gradual ascenso necesario e ininterumpido del hombre hacia un determinado fin, lo que implica

que todo valor que aparezca como históricamente necesario adquiere un inmediato valor en el campo de la acción política y social.

Marx fue uno de los pensadores del siglo XIX que más consciente fue de este factor.

Hasta mediados del siglo XVIII, la idea de progreso se encontraba íntimamente unida a la idea de providencia divina. Es a partir de Turgot cuando avanza con fuerza el principio de que resulta ridículo recurrir a la intervención divina para explicar lo que puede explicarse, de forma sencilla, mediante las fuerzas naturales y humanas. Se trata de un proceso de secularización de la idea de progreso que fue ganando importancia en el siglo XIX y que ha alcanzado su punto culminante en la segunda mitad del siglo XX.

Turgot fue el pensador del siglo XVIII que con más fuerza vinculó los conceptos de libertad y progreso, hasta el punto de afirmar que sin libertad, no hay progreso, y para entenderlo no se necesita otro instrumento que el de la ciencia. Para este pensador, los mecanismos que explican el progreso de la humanidad son el egoísmo, la ambición y la vanagloria, sentando con ello las bases de lo que luego serían las teorías de Adam Smith, que vio el motor del progreso humano en el esfuerzo natural que hace cada individuo por mejorar su propia situación.

A principios del XIX, se acuñan las palabras «ciencia» y «científico», en el sentido que hoy les damos, ejerciendo una fascinación que a lo largo del siglo hizo que se convirtieran en signos sagrados. Todo se pretendía explicar científicamente, hasta el punto de que incluso las religiones empezaron a buscar pruebas científicas de su realidad.

Es en este contexto en el que se publica la gran obra de Darwin, *La evolución de las especies*, donde se utiliza el con-

cepto de progreso para lo que hoy llamaríamos evolución o desarrollo, al no hacer distinción entre una y otra idea.

Hubo, además, en esta época, una estrecha afinidad entre la fe en el progreso y la fe en lo que hoy llamamos crecimiento económico, hasta el punto de que el comercio, la libertad y el progreso se veían como inseparables. La libertad económica constituía así la esencia del progreso.

Pero, también en este periodo, comprendido entre 1750 y 1900, junto a esta tendencia que sostenía que la libertad individual constituía el objeto último del progreso, aparecieron nuevas doctrinas nacionalistas, estatistas, doctrinas de tendencias utópicas y racistas que, en nombre de algún tipo de liberación, o de alguna forma de salvación o de redención en la tierra, establecían que el fin último del progreso era el poder. Eso sí, el poder no entendido en un sentido tradicional, o aquel que busca limitar o constreñir el campo de las acciones humanas, sino en un sentido novedoso de dirigir y dar forma a la conciencia humana. Los principales autores de esta tendencia fueron Rousseau, Fichte, Hegel, Saint-Simon, Comte, Marx y Gobineau.

Para Turgot y Spencer, que defendían una visión tradicional del concepto de libertad, esta consistía en no verse sometido a ningún tipo de opresión política, religiosa o de cualquier clase, de modo que la persona no se sintiese coartada para desplegar sus facultades y talento individual, o que su acción y su comportamiento se vieses limitados. Se trataba de una concepción de la libertad vinculada estrechamente al individuo.

La nueva idea de libertad, sin embargo, resultaba inseparable de un tipo u otro de comunidad, ya fuese esta política, social, racial u otra, que no debía ser incompatible con la aplicación a los individuos que la forman, de la coerción o la disciplina más estricta cuando resulte necesario. Para Hegel, la más elevada libertad, la verdadera libertad, es aquella en la que el

individuo adquiere conciencia de sí mismo, como parte orgánica del Estado absoluto. Para Marx, la adquisición de conciencia de clase y la dictadura del proletariado eran las condiciones imprescindibles para que el socialismo pudiera iniciarse y llevar a cabo la reforma del hombre.

Para los utópicos, que creían en una futura edad de oro para la humanidad, el poder debía utilizarse en el grado que resultase necesario para conseguir la sociedad ideal con la que soñaban.

Rousseau, en su *Contrato Social*, nos habla del convenio que los hombres deben suscribir a fin de poder construir un estado redentor en el que libertades y derechos individuales dejan de tener sentido porque los asociados deben alienarse absolutamente en favor del conjunto de la comunidad. Este pensador es el primero en identificar el poder absoluto con la libertad.

De las consecuencias de esta visión del poder y la libertad, baste citar como ejemplo el Comité de Salud Pública durante la Revolución francesa o el intento de crear al hombre nuevo soviético en 1917.

Se trata de una concepción de un Estado libre de cualquier lazo que no proceda de la voluntad general soberana, y para el que no cuenten los derechos y libertades individuales, a los que los individuos deben renunciar. El Estado debe constituirse en un monolito político y adquirir un carácter sagrado, propio de una religión civil, cuyos dogmas resulten vinculantes para todos, de modo que, «Si alguno, después de reconocer públicamente esos dogmas, se comporta como si no creyera en ellos, debe ser condenado a muerte al haber cometido el más grave de todos los crímenes posibles, como es el de mentir ante la ley».

Marx, a pesar de lo que muchos sostienen, es el pensador en cuya obra más evidentemente aparece la concepción de un progreso inexorable, irreversible y gradual de la humanidad hacia la edad de oro. Se aprecia en él su compromiso con la pers-

pectiva unilineal del avance o progreso histórico. Subrayó el carácter progresivo de la historia de la humanidad desde los primitivos comienzos, en los que el hombre estaba sumido en la barbarie, la esclavitud y el feudalismo, hasta llegar al capitalismo. A partir de ese punto, prevé para el futuro de la humanidad, en primer lugar, el socialismo, y después, tras un continuo desarrollo social e intelectual, el comunismo verdadero.

Marx, que se consideraba el primer auténtico científico social, predicaba, para lograr la transformación de la sociedad que pretendía, la abolición de la propiedad privada, la competencia y los beneficios mediante la utilización colectivista y centralista del poder. En este sentido, había manifestado por diversos medios su apasionada fe en la transformación revolucionaria y su aceptación de la utilización del poder y de la violencia en la medida en que fuese necesario.

El atractivo ejercido por el marxismo sobre su seguidores solo puede explicarse si lo consideramos como una religión, pues solo se entiende si sus adeptos lo asumen desde una conciencia religiosa y desde una mentalidad de auténticos creyentes. Desde el momento en el que Marx asume la dialéctica de Hegel y la fe en un desarrollo necesario e inevitable que conduce a un dorado fin, el marxismo, a pesar de sus pretensiones de ser una ciencia, no fue sino fundamentalmente una religión. Y tal y como habían predicado los fundadores de otras religiones universales, antes de que la humanidad pudiera liberarse de la rapacidad, la explotación y el supremacismo, sería necesario pasar por una fase de disciplina, de autocontrol y sacrificios, para conseguir un verdadero renacer del hombre, para lo que sería necesario utilizar el poder de forma constante e implacable.

La clave para entender a Marx, por encima de la dialéctica, la lucha de clases o la teoría de la plusvalía, es su devoción por el comunismo. Este es el gran fin que haría que todos los sufri-

mientos de la humanidad a lo largo de la historia, entendidos como los sufrimientos provocados por la lucha de clases, de la explotación del hombre por el hombre, merecieran la pena.

En cualquier caso, la mayor aportación de Marx es la que se refiere al materialismo histórico como clave de la dialéctica de la historia. De forma resumida puede explicarse diciendo que el modo de producción crea de forma única las relaciones sociales de producción, con independencia de las voluntades de la gente, determinando las relaciones jurídicas y de propiedad. Estas relaciones de producción conforman la estructura económica de la sociedad, que no es otra cosa que la base y la causa de la superestructura social, formada por la ciencia natural, las doctrinas jurídicas, la religión, las filosofías y el resto de las formas de conciencia, las ideas, los valores morales, el arte, etc.

Dentro de este esquema, los cambios históricos son el resultado de la lucha de clases, mediante la que la clase trabajadora terminará por abolir la desigualdad social y creará, en última instancia, una sociedad socialista y sin clases. Según Marx, el curso natural del desarrollo de toda la sociedad son el feudalismo, el capitalismo y el socialismo, con una forma adecuada de organización política conforme con cada etapa.

A lo largo de todo el siglo XX han abundado los ataques contra la fe en el progreso, hasta el punto de que algunos han llegado a afirmar que su idea murió definitivamente con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Para Hayek, la idea de progreso ha sido un motor espiritual incluso más importante que el protestantismo, en la historia moderna de Occidente. El impulso del desarrollo económico, tecnológico y comercial que comienza en la Edad Media, ha ido alcanzando cada vez a más capas de la población. Ya en el siglo XIX afectaba a casi todos los aspectos de la vida, desde la economía y el orden social hasta la cultura y el gobierno, como consecuencia de la fe casi religiosa en el avance de la humanidad, a lo largo de la historia,

basado en el crecimiento económico y en la libertad. Esta es la concepción que se ha mantenido sobre el progreso a lo largo del siglo XX entre la mayor parte de la gente.

Sin embargo, poco a poco, entre grupos crecientes de intelectuales, se ha ido abriendo paso la idea de que, para compensar las penurias creadas por la industria, era cada vez más necesario utilizar el poder del Estado para garantizar la seguridad y la libertad de los ciudadanos. Es decir, que para que el progreso tenga continuidad y siga significando la liberación de la pobreza, la inseguridad y las privaciones, es necesario crear un Estado que intervenga en los procesos sociales con políticas humanitarias y correctoras. Un Estado, en definitiva, capaz de intervenir con sus políticas correctoras humanitarias en los procesos sociales para materializar el progreso como la lucha del hombre por liberarse de estar condenado a la pobreza, la inseguridad y las privaciones.

A lo largo del siglo XX, las actuaciones ante la Gran Depresión, el trato dado a los trabajadores por el fascismo y el nacionalsocialismo, el totalitarismo soviético de economía planificada y la necesidad de recuperar Europa económicamente para alejar a sus obreros de la tentación comunista, no hicieron sino fortalecer aquel planteamiento. Para quienes así piensan, el progreso es algo que hay que poner en manos de la ciencia y de la técnica.

Tras la Segunda Guerra Mundial podemos apreciar dos perspectivas diferentes y opuestas de la idea de progreso: por un lado, la que sostiene que los valores esenciales y las estructuras políticas y económicas occidentales son el modelo a seguir por el resto del mundo; y, por otro, la idea contraria, la que sostiene que Occidente ha dejado de ocupar la vanguardia del progreso, hallándose desde entonces en una fase de decadencia y ocaso. Para los que así pensaban, el auténtico progreso se encontraba en los movimientos socialistas del Tercer

Mundo, que brindaban un panorama de lo que es el verdadero progreso, dirigidos por los soviéticos o la China roja, a pesar de la utilización de medidas represivas contra la vida y la libertad en la senda que conduce hacia el futuro.

Desde entonces, el comunismo se va apropiando del concepto de progreso, eso sí, para darle su propio significado. Y utilizando con pericia su dominio de la propaganda, logra que ya nadie quiera que de él se diga que no es un «progresista». Esto, y la idea de vanguardia, ha servido para legitimar cualquier cosa, por insensata que pueda parecer, en el campo de la educación, la cultura, la música, el teatro, la poesía, la pintura, la arquitectura, etc. Todo ello ha generado una absurda adoración por lo nuevo, atribuyéndole, por ese solo hecho, ser mejor por estar más adelantado en la evolución de un progreso que es continuo.

En la actualidad cunde el escepticismo entre los intelectuales occidentales, que lo han difundido hasta conseguir que cale en el sentimiento de muchos millones de ciudadanos en Occidente.

No se trata de un asunto menor porque, para que la idea de progreso se sostenga, es necesario que sus premisas básicas no desaparezcan. Estas premisas son:

- Fe en el valor del pasado.
- Convicción de que la civilización occidental es superior.
- Aceptación del valor del crecimiento económico y los adelantos tecnológicos.
- Fe en la razón y en el conocimiento científico.
- Fe en el valor fundamental de la vida en el universo.

Todas y cada una de estas premisas han sido socavadas en la actualidad por una hostilidad que ha sido creciente, sin aceptar que los mayores logros obtenidos por el hombre occidental,

y que han conformado nuestra identidad histórica, han sido impulsados por la idea de progreso.

Hoy, la sociedad occidental reniega del pasado. Sin ritos, tradiciones y memoria no puede haber raíces, y sin ellas los seres humanos se ven condenados a quedarse aislados en el tiempo, que es el primer paso para llegar a la autodestrucción. Que se haya llegado a esta situación debe mucho a la velocidad misma con la que se está produciendo la transformación social, porque resulta realmente difícil conservar un sentido de vinculación al pasado, en medio de los cambios revolucionarios que en todos los ámbitos se han ido viviendo en la sociedad occidental a lo largo del siglo XX. Una misma persona que haya conocido que para sus padres había resultado una novedad la luz eléctrica, el teléfono o el automóvil, ha visto aparecer en su casa un aparato de radio, la generalización del cuarto de baño, la aparición de los electrodomésticos, la televisión, la generalización del uso de la aviación comercial, avances en medicina que vencen enfermedades antes incurables, generalizándose la propia asistencia sanitaria, la revolución de la energía nuclear, la conquista aeroespacial, la revolución genética, la aparición de la informática, Internet, la inteligencia artificial, la robótica, y ve también que sus nietos nacen ya dominando el manejo de las más sofisticadas herramientas informáticas, el uso de redes sociales y tantos avances que les hacen considerar cuánto va a deber el futuro a los descubrimientos actuales, que superan a todo cuanto se ha logrado en el pasado, pero sin tener en cuenta que los avances de hoy lo deben todo a los descubrimientos habidos a lo largo de la historia.

Por otra parte, el conocimiento de la historia pasa por una fase regresiva en el sistema educativo, donde se estudia de forma que quien aprende no adquiere sentido alguno del pasado.

En cuanto a la concepción de la civilización occidental como

una civilización superior cabe decir que, a medida que la consideración de nuestro pasado común pierde fuerza, Occidente pierde terreno en muchos sentidos. Resulta evidente que, desde el fin de la Primera Guerra Mundial, el poder y el dominio occidental europeo no han dejado de declinar, hasta el punto de reducir la posición de Europa a un papel insignificante, en beneficio del poder global angloamericano.

Occidente, con todas las imperfecciones y defectos que se quieran considerar, sigue estando constituido por un conjunto de naciones relativamente libres y democráticas que han alcanzado los más altos niveles de civilización y desarrollo y que han aportado al mundo los mayores avances científicos, sociales y económicos que la humanidad ha conocido. Sin embargo, aunque envidiado, es objeto del desdén, el desprecio y la hostilidad del resto del mundo, que ni le teme, ni le respeta, ni le considera ya como modelo.

Con ser alarmante esta circunstancia, lo que verdaderamente la convierte en peligrosa es que los propios occidentales la estemos asumiendo y estemos sustituyendo la fe en el valor de nuestra propia civilización por un sentimiento de culpa, alienación e indiferencia porque, si nos vemos a nosotros mismos como contaminadores, corruptores y expoliadores de los demás pueblos del mundo, adquiriendo sentimientos de culpabilidad, vergüenza y remordimiento, no es que resulte difícil que prospere la idea de progreso, sino que el propio Occidente sobreviva.

Por lo que se refiere a la aceptación del valor del crecimiento económico, basado en las innovaciones tecnológicas, cabe decir que se ha ido extendiendo la idea de que tal crecimiento tendrá, con toda probabilidad, unos efectos tan negativos sobre el medio ambiente que la calidad de vida se verá por fuerza reducida. No es difícil constatar que en sectores cada vez más amplios de la sociedad occidental está cundiendo, no solo el

desencanto, sino lo que realmente podemos calificar como abierta hostilidad hacia el crecimiento económico.

Se teme por la degradación de la naturaleza y el medio ambiente, que el cambio climático resulte un proceso irreversible, que el agotamiento de recursos provoque escasez, se teme que la lucha por unos recursos cada vez más escasos nos lleve a una guerra de resultados letales.

Todo ello rompe el vínculo que desde el comienzo de los tiempos ha existido entre la fe en el progreso general de la humanidad y la fe en la necesidad del crecimiento y el desarrollo económico.

El origen más remoto de las concepciones que dieron lugar al nacimiento de la idea de progreso se encuentra en la fascinación que los antiguos griegos sentían por el saber y la conciencia que adquirieron de que este era el resultado del esfuerzo acumulado, lentamente, pero de forma continua, por los hombres del pasado. Pues bien, de todos los desafíos lanzados contra la idea de progreso, no hay ninguno más letal que la pérdida del prestigio del saber y del conocimiento aportado por intelectuales y científicos.

En los últimos tiempos ha habido una tendencia por identificar a los científicos en su conjunto con la estructura general del poder, que a los ojos de numerosos ciudadanos aparece como despótica y poco digna de confianza. Además, cunde entre la juventud un deseo cada vez mayor de huir de la ética del trabajo, de las disciplinas de la tecnología y de los compromisos de la prosperidad, a lo que no ayuda mucho la propia decadencia de la actual pintura, literatura o música, y la inercia de una ciencia cada vez más sometida a los intereses del poder.

Curiosamente, y en paralelo al desarrollo del proceso descrito, como signo del desprestigio del conocimiento y de la razón en nuestra época se ha desarrollado un inusitado interés por el pensamiento religioso exótico, por el ocultismo y por

las innumerables formas de comunicación que se basan únicamente en los planos afectivo, emotivo o físico, desdeñando la comunicación basada en lo racional.

Resulta evidente, para quien quiera verlo, que una idea de progreso es imposible que prospere en una civilización afectada por el irracionalismo e integrada por individuos que ponen todos los valores en duda.

En cuanto a la fe en la vida, en pocos momentos de la historia ha estado tan cuestionada como en la actualidad, en la que se facilita el aborto en el origen, la eutanasia en el final y el auxilio al suicidio en su transcurso.

En cuanto a la idea de progreso y su mantenimiento ocurre que, cuando no queda nada que conquistar, cuando nada nos motiva, nos apasiona o nos sorprende, el tedio se impone. Eso es lo que está ocurriendo en Occidente. Perdido el vínculo con la tradición, adormecido el sentido de pertenecer a una estirpe, ajenos a cualquier gran ideal, indiferentes al esfuerzo y remisos a luchar, el hombre de hoy se aburre.

Nunca hasta el presente se habían dado, en la escala en que los conocemos, fenómenos como la rebeldía contra la ciencia y la razón. El cultivo del irracionalismo, tanto en sus formas religiosas como seculares, y el desarrollo del subjetivismo, por el que el individuo solo se preocupa por su propio yo y sus placeres, hacen que no resulte imposible percibir que nuestra civilización pueda estar precipitándose hacia su crepúsculo.

Occidente se ha formado en estrecha vinculación a la idea de progreso, que ha sido el motor que lo ha llevado a ser la sociedad más culta, más desarrollada, más libre y más próspera de todos los tiempos, en lugar de reforzarse en la contemplación de lo logrado; gracias a un siniestro plan de sus enemigos, ha perdido la fe en sí mismo. Sin la fe en sí misma, ninguna civilización puede sobrevivir.